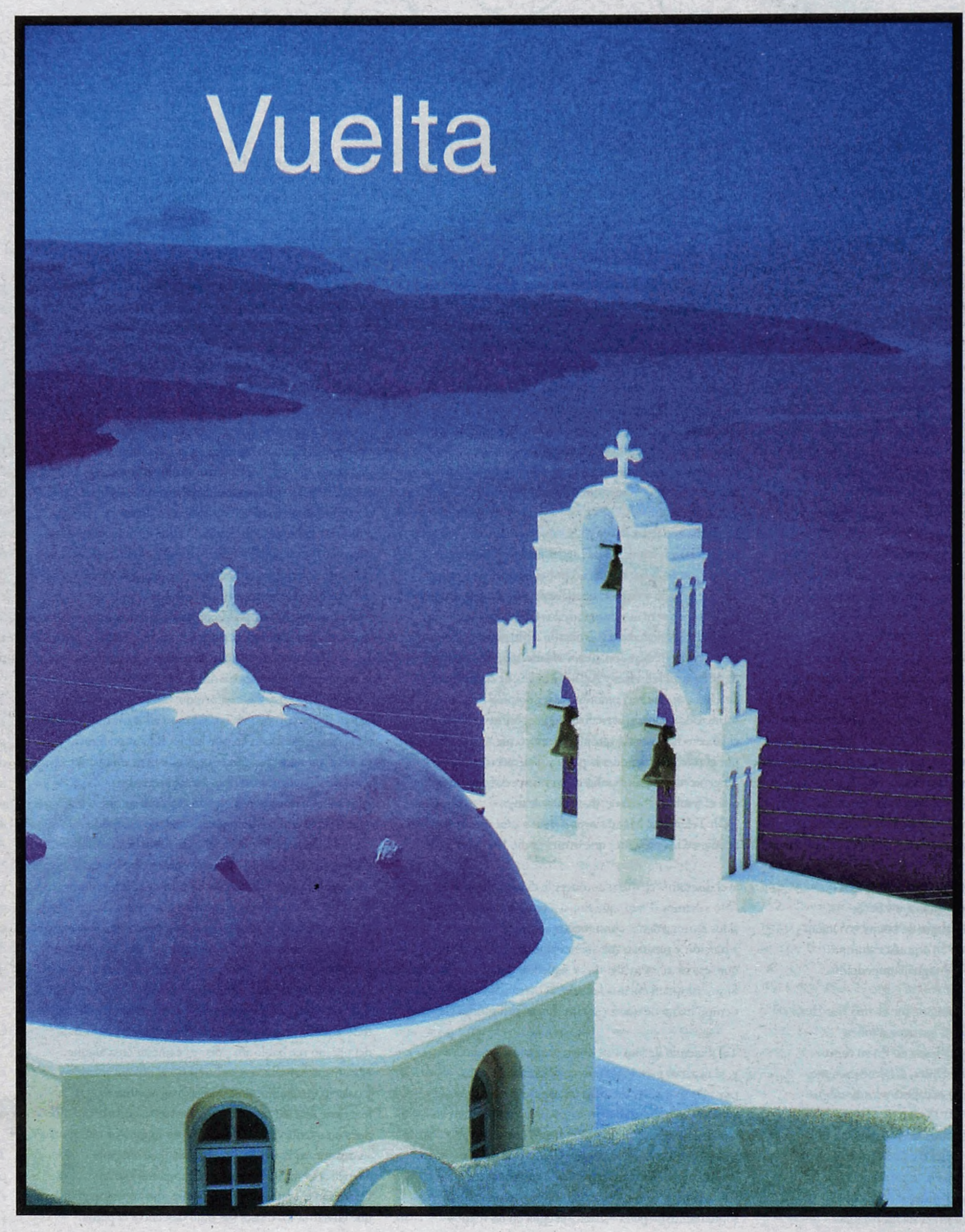


Por Rodrigo Fresán

Se acaba este suplemento, hora del regreso, y cómo impedir que a uno se le deslicen en la valija los versos de cierto tango sobre el eterno retorno: "Ya adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos", "Con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien", "Errante en la sombra te busca y te nombra", "veinte años no es nada...", ya saben, todo eso, el tipo apoyado en la baranda de la cubierta del barco y cantando con una sonrisita torcida.

Veinte años es también lo que demora Ulises –cumplida su heroica parte en Troya– en volver a casa. El viaje de vuelta de Ulises/Odiseo –no en vano escrito por Homero con el nombre de *La Odisea*– es seguramente uno de los retornos más largos en la historia de la literatura a la vez que uno de los más ocurrentes, formidables y, finalmente, emotivos. Sí, hay vacaciones que se reservan lo mejor –o lo más aventurero– justo para el final, para el viaje de vuelta.

Homero, poeta ciego y visionario que vivió en el siglo VIII antes de Cristo, reordenó –al igual que lo hiciera en *La Ilíada*– un caos de historias orales y leyendas populares y las elevó al altar de la literatura más poderosa y popular. En *La Odisea* ocurre de todo y Ulises –como en el más sorprendente de los video games– va pasando de stage en stage con un entusiasmo y resignación que ya querría para sí más de una Lara Croft o Ninja Warrior. Hay por lo menos dos maneras y tiempos para leer *La Odisea* y son dos maneras y dos tiempos que todo mortal debería experimentar. La primera es hacerlo cuando se es chico –limitando con la película con Kirk Douglas– y el segundo, ya instalado en la madurez. Se sabe que en la infancia uno sólo piensa en partir, porque la vida es todo ese mar ahí adelante; mientras que con el correr de los años, en el centro del océano, uno sólo pide tierra firme y calor de hogar. Y volver.

El historiador británico Ian Gibson escribió sobre este reflejo e impulso en una revista de avión con la que volé el otro día. Arranqué esa página. Aquí la tengo: "Ulises, cumplida su misión, sólo desea volver al lado de los suyos en Itaca, deseo frustrado durante casi veinte años por los dioses. Me afectó profundamente –y lo sigue haciendo– la escena en que llegado por fin a su casa, disfrazado de mendigo, lo reconoce su fiel perro Argos que, viejo y abandonado sobre un montón de basura, se muere por la emoción del reencuentro. Lo que yo no sabía entonces es que Dante, intuyendo que Ulises no habría podido aguantar luego de tantas andanzas el aburrimiento de la vida doméstica, le embarca en una última y fatal empresa más allá de los pilares de Hércules. Así, la vida como viaje sin retorno: metáfora tan antigua como la misma historia humana".

Pero en las páginas que siguen, Ulises vuelve. Como nosotros. Ya llegará la hora de volver a partir. Hasta la odisea del próximo **Verano/12**.

La Odisea

Por Homero

CANTO XVII

Asomaba la Aurora temprana de dedos rosados
y Telémaco, el hijo divino del prócer Ulises,
anudóse a los pies las sandalias hermosas, la lanza empuñó
fuerte y grande ajustada a sus manos y, ansiando
verse ya en la ciudad, se volvió hacia el porquero y le dijo:
"Chache, es tiempo que torne al palacio y mi madre me vea,
pues me doy a pensar que no habrá de ceder en su llanto
lastimero y cruel, sus sollozos y lágrimas, sino
cuando esté yo en persona a sus ojos. Mas esto te encargo:
lleva allá a la ciudad tú también a ese pobre extranjero,
que mendigue el sustento por ella y le dé cada uno
lo que quiera, una copa o un pan: con mi carga de penas
yo no puedo atender a quien quiera que llegue. Y si el huésped
se mostrase enojado por ello, peor para él mismo,
que, de cierto, mi gusto es decir la verdad sin rebozo."

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ardides:
"Ten seguro, ¡oh amigo!, que yo por mi parte tampoco
quiero estar más aquí; para el pobre, mejor que en los campos
es pedir el sustento en ciudad. Que me dé aquel que quiera,
pues mis años no son para estarme en un hato, sujeto
a obediencia de algún mayoral que me mande a su antojo.
Vete, pues, y este hombre, a quien tú lo has mandado, me guíe
una vez me caliente al hogar y entre más la mañana.
Mis vestidos no son más que harapos, no vaya el rocío
de la aurora a enfermarme: el poblado está, dicen, muy lejos."

Así dijo y Telémaco, al punto, con ágiles pasos
la majada cruzó meditando ruina a los fieros
pretendientes. Llegado al palacio de buena vivienda,
dejó luego la lanza apoyada en erguida columna
y pasó al interior a través del zaguán empedrado.

La primera con mucho en notarle fue el ama Euriclea,
que tendía tapetes de lana en los ricos sillones,
y con lágrimas fuese derecha hacia él. En su torno
se reunieron más siervas de Ulises, el héroe paciente,
y veníanle a besar con amor la cabeza y los hombros.

La discreta Penélope luego llegó de su estancia,
semejante a Artemisa en figura o a la áurea Afrodita,
y llorando arrojó los dos brazos en torno del hijo
bien amado, besó su cabeza, sus ojos hermosos,
y entre vivos lamentos le dijo en aladas palabras:
"Has llegado, Telémaco, al fin, dulce luz. No creía
ya volverte a ver más tras tu ida secreta en el barco
rumbo a Pilo a despecho de mí, por saber de tu padre:
mas refiérelo todo según lo supiste tú mismo."

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
"No más quejas, ¡oh madre! No apenes de nuevo mi alma
en el pecho después que he escapado a la abrupta ruina.
Ve a bañarte primero y, ciñéndote ropas sin mancha,
sube allá con tus siervas e invoca en tu estancia a los dioses
con promesa de hacerles un tiempo hecatombes cumplidas
si es que Zeus conduce a buen fin vengadoras empresas.
Por mi parte hacia el ágora voy, pues he de traerme
para acá un extranjero que vino conmigo de Pilo:
con mis hombres egregios aquí lo mandé y a Pireo
le encargué de llevarlo a su casa, hospedarlo y prestarle
atención y cuidado hasta tanto que yo regresase."

Tal habló, mas ninguna palabra escapó ya a su madre, si no
fuese a bañar y, cambiando de ropa, a los dioses
la promesa ofreció de hecatombes cumplidas si Zeus
algún día llevaba a buen fin vengadoras empresas.

Ya Telémaco iba a través de la sala empuñando
su gran lanza, seguíanle dos ágiles perros, y Atena
tan divino esplendor le vertió por el cuerpo, que todos
los que hallaba a su paso quedábanse absortos al verle.
En su torno venían a agruparse los fatuos galanes
con palabras de halago y urdiendo maldades por dentro,
pero él evitó hablar con ellos y al lado sentóse
de Mentor, Haliterses y Antifo, amigos de siempre
de Ulises, su padre; le fueron haciendo preguntas
sobre todo y a poco acercábase al grupo Pireo,
el lancero famoso. Al varón forastero venía
por el pueblo guiando a la plaza y Telémaco al verlo
diligente al encuentro salió de su huésped. Mas antes
que él hablase, Pireo dejábase oír y le dijo:
"¡Oh Telémaco! Manda a tus siervas a casa y con ellas
te enviaré los presentes que otrora te dio Menelao."

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
"No sabemos, Pireo, qué fin va a tener todo esto:
si los fatuos galanes consiguen matarme en mis salas
a traición y reparten mis bienes paternos, prefiero
que seas tú, no otro alguno de aquellos, quien goce esos dones.
Si soy yo quien encima les echa la parca y la muerte,
tiempo habrá de que a casa los traigas con mutua alegría."

Tal diciendo llevóse a su hogar al sufrido extranjero
y, al llegar al palacio de buena vivienda, dejaron
por sillones y sillas tendidas las capas y, yendo
a los baños pulidos, bañáronse. Allí las sirvientas,
tras dejarlos lavados y ungirles la piel con aceite,
les ciñeron la túnica y manto velludo y, saliendo
de los baños, marcharon los dos a sentarse en la sala.
Con un jarro de oro llegaba al momento una sierva;
sobre fuente de plata vertióles el agua en las manos
y les puso delante una mesa bruñida; la honrada
despensera, trayéndoles pan, colocólo a su lado
y otros muchos manjares sirvió de la rica despensa:
frente a ellos Penélope estaba sentada en su silla
junto al quicio y haciendo girar sus suaves vellones.
Al manjar que delante tenían lanzaron las manos
y, una vez satisfecho el placer de comida y bebida,
escuchar se dejó la primera Penélope y dijo:
"Voy, Telémaco, ya a recogerme en mis salas de arriba,
a ocupar aquel lecho doliente que empapan mis ojos
con sus lloros sin fin desde el día en que a Ilión marchó Ulises
con los hijos de Atreo; mas tú no te has dado el trabajo,
cuando aún no se hallaban en casa esos hombres soberbios,
de contarme si algo llegaste a escuchar de la vuelta
de tu padre". El discreto Telémaco entonces repuso:
"Pues, ¡oh madre!, te voy a decir la verdad toda entera.
Arribamos a Pilo: allá Néstor, pastor de sus gentes,
acogióme en su excelsa morada con tanto cariño
como un padre a su hijo ya ausente de tiempo que acaba
de llegar de lejano país: semejantes extremos
de agasajo me tuvo y lo mismo sus hijos gloriosos.
Sobre Ulises, su vida o su muerte me dijo que nada había oí-
do a mortal que viviese en la tierra; envióme
a inquirir del nacido de Atreo, el famoso en la lanza
Menelao, y, armando su carro, me dio sus corceles.
A la argólica Helena allí vi, la mujer por quien tanto
trabajar hizo el cielo a troyanos y argivos; y el rey
Menelao, valiente en la lid, inquirió sin tardanza
qué ocasión me obligaba a llegar a Laconia divina.
Le conté por mi parte la entera verdad y él entonces
la respuesta me dio de este modo en aladas palabras:
'¿Podrá ser? Demasiado esforzado, el varón cuyo lecho
se han propuesto ocupar cuando son ellos mismos tan viles;
tal la cierva en el soto en que habita el león poderoso
va a acostar a los tiernos cervatos que tiene en crianza
y se sale a pastar y correr por las faldas umbrías
y los valles herbosos. Volviendo el león a su cama
a los dos cervatillos dio muerte cruel: de ese modo
vendrá Ulises a echar sobre ellos su triste destino.
¡Ojalá, oh padre Zeus, oh Atena, oh Apolo, llegara
con aquella presencia que en Lesbos, de sólidos muros,
nos mostraba al reñir con el hijo del rey Filomeno,
al que en tierra luchando postró con placer de los dánaos!
Tal Ulises debiera esta vez presentarse a esos hombres:
¡bien efímera fuera su vida, bien agrias sus bodas!
Mas no habré de eludir tu pregunta y tu ruego contando
de otras cosas ni dando rodeos, que en mí no hay falsía:
todo aquello te voy a decir que el verídico anciano
del océano me habló sin callar ni cambiar cosa alguna.
Me afirmó haberlo visto, entregado al dolor, en la isla
y palacio que habita la ninfa Calipso; por fuerza
le retiene ésta allí sin que pueda volver a su patria,
pues no cuenta con barcos de remos ni amigos que ayuden
su camino en la espalda gigante del mar.' Así dijo
Menelao, el nacido de Atreo, famoso en la lanza.
Oído esto el regreso emprendí y una brisa de popa
que enviaron los dioses me trajo derecho a la patria."

Tal habló con su madre, exaltó el corazón en su pecho,
mas entonces Teoclímeno, a un dios semejante, les dijo:
"Venerable consorte de Ulises Laertíada, tu hijo
no ha llegado a entender, pero tú graba en ti mis palabras,
pues te voy a augurar con verdad sin dejar nada oculto;
y por Zeus ante todo otro dios, por la mesa en que hoy
me acogiste y la casa del hombre sin tacha a que llego,
te aseguro que Ulises ya está en el país de sus padres;
en él duerme, en él anda, investiga estas obras perversas
y prepara en su mente a esos hombres desgracia y ruina:
tal señal de las aves noté cuan
sobre el sólido barco y, al pu

La discreta Penélope entonce
"¡Ojalá tu palabra, extranjero
hallarías bien pronto de mí, ¡
que quienquier te viniese a e

De este modo entre sí conve
los galanes reunidos allá ante
disparaban venablos y discos
como tanta otra vez, insolent
Mas la hora llegó de comer y
desde todos los hatos del cam
dores de siempre y entonces
el heraldo que más les gustab
"Pues ya habéis disfrutado, n
al palacio venid, preparemos
porque no es cosa mala toma

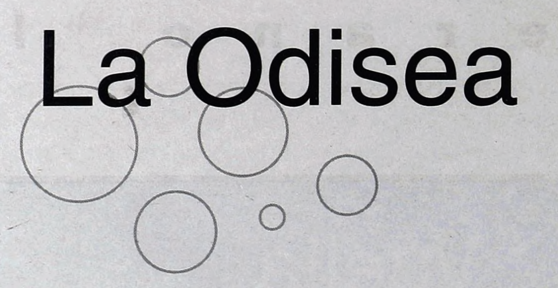
Tal habló, levantáronse aqué
tras entrar al palacio de buen
por sillones y sillas tendidas l
degollaron las recias ovejas, l
los marranos cebados, la vac
y adobaron el rico festín. A e
el camino del campo a la co
Aquel buen mayoral en el ha
"Pues te empeñas, ¡oh huésp
este día a la ciudad, según m
querer yo retenerte a guardar
me ha tomado y temor no la
duros son en verdad los repr
sin tardanza a coger el camin
y a medida que avance la tar

Contestando a su vez dijo U
"Así es, bien lo veo, lo estaba
caminemos sin más, veme tú
pero entrégame un palo, si al
que me apoye yo en él, pues

Tal habló y se cargó la talega
con trenzado cordel que serv
entrególe el porquero un bas
y partieron. Quedábanse allí
los zagales, los perros, y él fu
a la propia ciudad bajo form
de un anciano apoyado en u

Paso a paso bajaban la senda
acercando al poblado. A la fu
la de hermosa corriente, en q
La había hecho Políctor con
se extendía un redondo sotill
por el agua que arriba, brotad
desde allá fresca siempre; un

La Odisea



Por Homero

CANTO XVII

Asomaba la Aurora temprana de dedos rosados
y Telémaco, el hijo divino del prócer Ulises,
anudóse a los pies las sandalias hermosas, la lanza empuñó
fuerte y grande ajustada a sus manos y, ansiando
verse ya en la ciudad, se volvió hacia el porquero y le dijo:
"Chache, es tiempo que torne al palacio y mi madre me vea,
pues me doy a pensar que no habrá de ceder en su llanto
lastimero y cruel, sus sollozos y lágrimas, sino
cuando esté yo en persona a sus ojos. Mas esto te encargo:
lleva allá a la ciudad tú también a ese pobre extranjero,
que mendigue el sustento por ella y le dé cada uno
lo que quiera, una copa o un pan: con mi carga de penas
yo no puedo atender a quien quiera que llegue. Y si el huésped
se mostrase enojado por ello, peor para él mismo,
que, de cierto, mi gusto es decir la verdad sin rebozo.

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ardides:
"Ten seguro, ¡oh amigo!, que yo por mi parte tampoco
quiero estar más aquí; para el pobre, mejor que en los campos
es pedir el sustento en ciudad. Que me dé aquel que quiera,
pues mis años no son para estarme en un hato, sujeto
a obediencia de algún mayoral que me mande a su antojo.
Vete, pues, y este hombre, a quien tú lo has mandado, me guíe
una vez me caliente al hogar y entre más la mañana.
Mis vestidos no son más que harapos, no vaya el rocío
de la aurora a enfermarme: el poblado está, dicen, muy lejos."

Así dijo y Telémaco, al punto, con ágiles pasos
la majada cruzó meditando ruina a los fieros
pretendientes. Llegado al palacio de buena vivienda,
dejó luego la lanza apoyada en erguida columna
y pasó al interior a través del zaguán empedrado.

La primera con mucho en notarle fue el ama Euriclea,
que tendía tapetes de lana en los ricos sillones,
y con lágrimas fuese derecha hacia él. En su torno
se reunieron más siervas de Ulises, el héroe paciente,
y veníanle a besar con amor la cabeza y los hombros.

La discreta Penélope luego llegó de su estancia,
semejante a Artemisa en figura o a la áurea Afrodita,
y llorando arrojó los dos brazos en torno del hijo
bien amado, besó su cabeza, sus ojos hermosos,
y entre vivos lamentos le dijo en aladas palabras:
"Has llegado, Telémaco, al fin, dulce luz. No creía
ya volverte a ver más tras tu ida secreta en el barco
rumbo a Pilo a despecho de mí, por saber de tu padre:
mas refiérelo todo según lo supiste tú mismo."

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
"No más quejas, ¡oh madre! No apenes de nuevo mi alma
en el pecho después que he escapado a la abrupta ruina.
Ve a bañarte primero y, ciñéndote ropas sin mancha,
sube allá con tus siervas e invoca en tu estancia a los dioses
con promesa de hacerles un tiempo hecatombes cumplidas
si es que Zeus conduce a buen fin vengadoras empresas.
Por mi parte hacia el ágora voy, pues he de traerme
para acá un extranjero que vino conmigo de Pilo:
con mis hombres egregios aquí lo mandé y a Pireo
le encargué de llevarlo a su casa, hospedarlo y prestarle
atención y cuidado hasta tanto que yo regresase."

Tal habló, mas ninguna palabra escapó ya a su madre, si no
fuese a bañar y, cambiando de ropa, a los dioses
la promesa ofreció de hecatombes cumplidas si Zeus
algún día llevaba a buen fin vengadoras empresas.

Ya Telémaco iba a través de la sala empuñando
su gran lanza, seguíanle dos ágiles perros, y Atena
tan divino esplendor le vertió por el cuerpo, que todos
los que hallaba a su paso quedábanse absortos al verle.
En su torno venían a agruparse los fatuos galanes
con palabras de halago y urdiendo maldades por dentro,
pero él evitó hablar con ellos y al lado sentóse
de Mentor, Haliterses y Antifo, amigos de siempre
de Ulises, su padre; le fueron haciendo preguntas
sobre todo y a poco acercábase al grupo Pireo,
el lancero famoso. Al varón forastero venía
por el pueblo guiando a la plaza y Telémaco al verlo
diligente al encuentro salió de su huésped. Mas antes
que él hablase, Pireo dejábase oír y le dijo:
"¡Oh Telémaco! Manda a tus siervas a casa y con ellas
te enviaré los presentes que otrora te dio Menelao."

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
"No sabemos, Pireo, qué fin va a tener todo esto:
si los fatuos galanes consiguen matarme en mis salas
a traición y reparten mis bienes paternos, prefiero
que seas tú, no otro alguno de aquellos, quien goce esos dones.
Si soy yo quien encima les echa la parca y la muerte,
tiempo habrá de que a casa los traigas con mutua alegría."

Tal diciendo llevóse a su hogar al sufrido extranjero
y, al llegar al palacio de buena vivienda, dejaron
por sillones y sillas tendidas las capas y, yendo
a los baños pulidos, bañáronse. Allí las sirvientas,
tras dejarlos lavados y ungirles la piel con aceite,
les ciñeron la túnica y manto velludo y, saliendo
de los baños, marcharon los dos a sentarse en la sala.
Con un jarro de oro llegaba al momento una sierva;
sobre fuente de plata vertióles el agua en las manos
y les puso delante una mesa bruñida; la honrada
despensera, trayéndoles pan, colocólo a su lado
y otros muchos manjares sirvió de la rica despensa:
frente a ellos Penélope estaba sentada en su silla
junto al quicio y haciendo girar sus suaves vellones.
Al manjar que delante tenían lanzaron las manos
y, una vez satisfecho el placer de comida y bebida,
escuchar se dejó la primera Penélope y dijo:
"Voy, Telémaco, ya a recogerme en mis salas de arriba,
a ocupar aquel lecho doliente que empapan mis ojos
con sus lloros sin fin desde el día en que a Ilión marchó Ulises
con los hijos de Atreo; mas tú no te has dado el trabajo,
cuando aún no se hallaban en casa esos hombres soberbios,
de contarme si algo llegaste a escuchar de la vuelta
de tu padre". El discreto Telémaco entonces repuso:
"Pues, ¡oh madre!, te voy a decir la verdad toda entera.
Arribamos a Pilo: allá Néstor, pastor de sus gentes,
acogióme en su excelsa morada con tanto cariño
como un padre a su hijo ya ausente de tiempo que acaba
de llegar de lejano país: semejantes extremos
de agasajo me tuvo y lo mismo sus hijos gloriosos.
Sobre Ulises, su vida o su muerte me dijo que nada había oí-
do a mortal que viviese en la tierra; envióme
a inquirir del nacido de Atreo, el famoso en la lanza
Menelao, y, armando su carro, me dio sus corceles.
A la argólica Helena allí vi, la mujer por quien tanto
trabajar hizo el cielo a troyanos y argivos; y el rey
Menelao, valiente en la lid, inquirió sin tardanza
qué ocasión me obligaba a llegar a Laconia divina.
Le conté por mi parte la entera verdad y él entonces
la respuesta me dio de este modo en aladas palabras:
`¿Podrá ser? Demasiado esforzado, el varón cuyo lecho
se han propuesto ocupar cuando son ellos mismos tan viles;
tal la cierva en el soto en que habita el león poderoso
va a acostar a los tiernos cervatos que tiene en crianza
y se sale a pastar y correr por las faldas umbrías
y los valles herbosos. Volviendo el león a su cama
a los dos cervatillos dio muerte cruel: de ese modo
vendrá Ulises a echar sobre ellos su triste destino.
¡Ojalá, oh padre Zeus, oh Atena, oh Apolo, llegara
con aquella presencia que en Lesbos, de sólidos muros,
nos mostraba al reñir con el hijo del rey Filomeno,
al que en tierra luchando postró con placer de los dánaos!
Tal Ulises debiera esta vez presentarse a esos hombres:
¡bien efímera fuera su vida, bien agrias sus bodas!
Mas no habré de eludir tu pregunta y tu ruego contando
de otras cosas ni dando rodeos, que en mí no hay falsía:
todo aquello te voy a decir que el verídico anciano
del océano me habló sin callar ni cambiar cosa alguna.
Me afirmó haberlo visto, entregado al dolor, en la isla
y palacio que habita la ninfa Calipso; por fuerza
le retiene ésta allí sin que pueda volver a su patria,
pues no cuenta con barcos de remos ni amigos que ayuden
su camino en la espalda gigante del mar.' Así dijo
Menelao, el nacido de Atreo, famoso en la lanza.
Oído esto el regreso emprendí y una brisa de popa
que enviaron los dioses me trajo derecho a la patria."

Tal habló con su madre, exaltó el corazón en su pecho,
mas entonces Teoclímeno, a un dios semejante, les dijo:
"Venerable consorte de Ulises Laertíada, tu hijo
no ha llegado a entender, pero tú graba en ti mis palabras,
pues te voy a augurar con verdad sin dejar nada oculto;
y por Zeus ante todo otro dios, por la mesa en que hoy
me acogiste y la casa del hombre sin tacha a que llego,
te aseguro que Ulises ya está en el país de sus padres;
en él duerme, en él anda, investiga estas obras perversas
y prepara en su mente a esos hombres desgracia y ruina:
tal señal de las aves noté cuando estaba sentado
sobre el sólido barco y, al punto, mostréla a tu hijo."

La discreta Penélope entonces le dijo en respuesta:
"¡Ojalá tu palabra, extranjero, se cumpla! Con ello
hallarías bien pronto de mí, ¡ay!, tal amor, tales dones,
que quienquier te viniese a encontrar te tendría por dichoso."

De este modo entre sí conversaban los tres y entretanto
los galanes reunidos allá ante las salas de Ulises
disparaban venablos y discos tomando por suya
como tanta otra vez, insolentes, aquella explanada.
Mas la hora llegó de comer y vinieron las reses
desde todos los hatos del campo; traían las los mismos porta-
dores de siempre y entonces les dijo Medonte,
el heraldo que más les gustaba y con ellos comía:
"Pues ya habéis disfrutado, muchachos, jugando esos juegos,
al palacio venid, preparemos en él el banquete,
porque no es cosa mala tomar la comida a sus horas."

Tal habló, levantáronse aquéllos siguiendo el consejo;
tras entrar al palacio de buena vivienda, dejaron
por sillones y sillas tendidas las capas y luego
degollaron las recias ovejas, las cabras lozanas,
los marranos cebados, la vaca robada al aprisco,
y adobaron el rico festín. A este tiempo emprendían
el camino del campo a la corte el porquero y Ulises.
Aquel buen mayoral en el hato le había dicho a éste:
"Pues te empeñas, ¡oh huésped!, en ir sin dejar que transcurra
este día a la ciudad, según manda mi amo, no obstante
querer yo retenerte a guardar la majada, respeto
me ha tomado y temor no la emprenda después él conmigo:
duros son en verdad los reproches de príncipes. Vamos
sin tardanza a coger el camino; declina ya el día
y a medida que avance la tarde, traerános más frío."

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en astucias:
"Así es, bien lo veo, lo estaba pensando yo mismo;
caminemos sin más, veme tú conduciendo delante,
pero entrégame un palo, si alguno cortado reservas,
que me apoye yo en él, pues se dice que es agrio el sendero."

Tal habló y se cargó la talega averiada y deforme
con trenzado cordel que servía a suspenderla del hombro;
entrególe el porquero un bastón que empuñó bien contento
y partieron. Quedábanse allí custodiando el establo
los zagales, los perros, y él fue conduciendo a su rey
a la propia ciudad bajo forma de un pobre mendigo,
de un anciano apoyado en un leño y vestido de andrajos.

Paso a paso bajaban la senda fragosa y se iban
acercando al poblado. A la fuente labrada llegaban,
la de hermosa corriente, en que el agua tomaba aquel pueblo.
La había hecho Políctor con Itaco y Nérito: en torno
se extendía un redondo sotillo con chopos nutridos
por el agua que arriba, brotada en la peña, caía
desde allá fresca siempre; un altar consagrado a las ninfas
coronaba la roca y en él los viandantes dejaban
sus ofrendas. Allí se encontraron al hijo de Dolio,
a Melantio: llevaba unas cabras, la flor de las greyes,
para aquellos galanes soberbios y atrás le seguían
dos zagales. Apenas los vio, desatado en injurias
sin mesura y sin tino, irritó las entrañas de Ulises:
"Razón es que el villano conduzca al villano, que siempre
junta un dios al igual con aquel que le iguala: ¿hacia dónde
llevas tú a semejante gorrón, oh gentil porquerizo,
a ese pobre asqueante, aguador de festines, que en tantas
portaladas sus lomos habrá de rozar aguardando
los mendrugos de pan, no calderas, de cierto, ni espadas?
Si quisieras cedérmelo a mí que guardase mi hato
y barriese el establo y llevase el ramón a los chivos,
llenaría sus muslos de carne y bebiera buen suero;
mas, pues sabe tan sólo de viles oficios, seguro
que rehúsa el trabajo. Encogido andará por el pueblo y que-
rrá mendigando llenar su insaciable barriga.
Y otra cosa diré que se habrá de cumplir: si se llega
al palacio de Ulises, de allí le echarán y una nube
de escabeles vendrá sobre él disparada por manos
de varones e irá casa abajo a quebrarse en sus huesos."

Tal diciendo acercóse y de un salto le hirió en su vesania
con el pie en el ijar, pero no le arrojó del sendero,
pues Ulises mantúvose firme: pensaba si echarse
sobre él con el palo y de un golpe quitarle la vida
o, tomándole en vilo, estrellarle los sesos en tierra.
Esforzóse, no obstante, y contúvose. En tanto, el porquero
se encaró con el otro y oró levantando sus brazos:
"Ninfas de esta fontana, nacidas de Zeus, si en un tiempo
os quemó el rey Ulises aquí pingües muslos de chotos
o corderos cubiertos de grasa abundante, cumplidme
lo que voy a pedir: venga ya aquel varón, que lo traiga
algún dios; de una vez habría él de bajarte esos humos
con que tú te paseas insolente corriendo sin tregua
la ciudad mientras malos pastores consumen las reses."

Y en respuesta le dijo Melantio, el pastor cabrerizo:
"¡Ay de mí! ¿Qué se atreve a decir este pérfido perro?
Yo lo habré de llevar desde Itaca a tierras lejanas
algún día en un negro y seguro bajel: me valdrá una fortuna.
¡Ah, que no hiriera Apolo, el del arco de plata, en las salas
a Telémaco hoy mismo o cayera al furor de los mozos
como Ulises perdió en lejas tierras la luz del regreso!"

Tal diciendo dejóles seguir con su paso tranquilo
y él, marchando, llegó bien aprisa a la casa del rey;
penetró en ella al punto y sentóse entre aquellos galanes,
frente a Eurímaco; él era entre todos su amigo querido.
Los sirvientes trajéronle luego su parte de carnes
y la fiel despensera llegó con el pan y dejólo
a su lado. Entretanto, ya Ulises y el noble piariego
deteníanse a la puerta; en su torno vibraban los sones
de la cóncava lira; empezaba su cántico Femio
cuando aquél, apretando la mano al porquero, le dijo:
"De seguro, ¡oh Eumeo!, que es ésta la casa de Ulises,
casa hermosa que bien se distingue aun estando entre muchas.
Una pieza se sigue a la otra, y el patio adosado
tiene cerco de muros y almenas; la puerta es muy fuerte,
de dos hojas: no hay hombre de cierto que pueda forzarla.
Ya se advierte que ahí multitud de varones celebran
un banquete: se huele la grasa y resuena la lira,
que los dioses quisieron hacer del festín compañera."

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
"Acertaste, que en todo te muestras discreto, mas ¡ea!,
hora es ya de pensar lo que habremos de hacer: o el primero
entras tú en el palacio de buena vivienda a meterte
en mitad de esos mozos y yo aquí me quedo o, si quieres
tú aguardar, paso yo por delante hacia dentro; mas cuida
de evitar la demora, no ocurra que alguno del pueblo
te persiga a pedradas o golpes: preciso es pensarlo."

Contestando a su vez dijo Ulises, el héroe paciente:
"Me hago cargo, comprendo, lo estaba pensando yo mismo;
mas será lo mejor que tu vayas allá, yo a la puerta quedaré.
No me asustan de cierto pedradas ni golpes,
que esforzado es mi ánimo y ya soporté muchos males
en la guerra y el mar: denle colmo esos otros ahora.
pero a un vientre que grita su hambre no puedes callarlo,
¡el maldito, que trae a los hombres desgracias sin cuento
y aun los mueve a equipar esas naves potentes que llevan
por el mar infecundo ruina a las gentes contrarias!"

Tal hablaban los dos entre sí cuando vieron un perro
que se hallaba allí echado e irguió su cabeza y orejas:
era Argo, aquel perro de Ulises paciente que él mismo
allá en tiempos crió sin lograr disfrutarlo, pues tuvo
que partir para Troya sagrada. Los jóvenes luego
lo llevaban a cazas de cabras, cervatos y liebres,
mas ya entonces, ausente su dueño, yacía despreciado
sobre un cerro de estiércol de mulas y bueyes que habían
derramado ante el porche hasta tanto viniesen los siervos
y abonasen con ello el extenso jardín. En tal guisa
de miseria cuajado se hallaba el can Argo; con todo,
bien a Ulises notó que hacia él se acercaba y, al punto,
coleando dejó las orejas caer, mas no tuvo
fuerzas ya para alzarse y llegar a su amo. Este al verlo
desvió su mirada, enjugóse una lágrima, hurtando
prestamente su rostro al porquero, y al cabo le dijo:
"Cosa extraña es, Eumeo, que yazga tal perro en estiércol:
tiene hermosa figura en verdad, aunque no se me alcanza
si con ella también fue ligero en correr o tan solo
de esa clase de canes de mesa que tienen los hombres
y los príncipes cuidan, pues suelen servirles de ornato."

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
"Ciertamente ese perro es del hombre que ha muerto allá lejos
y si en cuerpo y en obras hoy fuese lo mismo que era,
cuando Ulises aquí lo dejaba al partirse hacia Troya,
pronto echarás tú mismo de ver su vigor y presteza.
Animal que él siguiese a través de los fondos umbríos
de la selva jamás se le fue, e igual era en rastreo.
Mas ahora su mal le ha vencido: su dueño halló muerte
por extraño país; las mujeres de él no se acuerdan
ni le cuidan; los siervos, si falta el poder de sus amos,
nada quieren hacer ni cumplir con lo justo, que Zeus
el tonante arrebata al varón la mitad de su fuerza
desde el día que en él hace presa la vil servidumbre."

Tal habló, penetró en el palacio de buena vivienda
y derecho se fue al gran salón donde estaban los nobles
pretendientes; y a Argo sumióle la muerte en sus sombras
no más ver a su dueño de vuelta al vigésimo año.

Mas Telémaco, un dios en figura, notó antes que nadie
al porquero que entraba en la sala; llamóle por señas
hacia sí. Miró él en su torno y cogió un taburete
que allá estaba tirado: servíale al trinchante de asiento
al cortar las viandas, regalo de aquellos galanes.
Arrimólo a la mesa en que estaba Telémaco; en frente
colocólo y sentóse; fue luego el heraldo y le puso
su ración por delante y el pan que sacó de la cesta.

Pero poco después que el porquero llegó Ulises mismo
al palacio en figura de un pobre mendigo, de un viejo que
apoyado en un leño velaba su piel con andrajos.
Tras la puerta se echó en el umbral de madera de fresno,
reclinado en el quicio que un hábil artista hizo antaño
de ciprés y pulido erigió regulándolo a cuerda.
Al notarlo Telémaco, alzando una hogaza en sus manos
del precioso cestillo, tomó los pedazos de carne
que cupieron en ellas y, vuelto al porquero, le dijo:
"Ve a llevar esto al huésped y dile que luego dé vueltas
por la sala pidiendo uno a uno a los muchos galanes,
que no es bien demostrar cortedad quien precisa socorro."

Tal habló. Fue el porquero una vez que escuchó su mandato
y llegándose a Ulises le dijo en aladas palabras:
"Esto es don de Telémaco, huésped, y manda que luego
des la vuelta a la sala pidiendo a esos mozos, pues dice
que no es bueno mostrar cortedad quien en súplica llega."

Y a su vez dijo entonces Ulises, el rico en ingenios:
"Dame, ¡oh Zeus!, que logre Telémaco dicha entre todos
los mortales y cúmplase aquello que anhele en su pecho."

Tal diciendo tomó entre sus manos el don y lo puso
por delante, a sus pies, sobre aquella su mísera alforja,
y quedóse comiendo: el aedo cantaba en la sala.
Acabada que fue la comida y callando el aedo,
los galanes gritaban por todo el recinto y Atena,
acercándose a Ulises Laertíada, movíolo a que fuera
recogiendo mendrugos de pan de los muchos galanes
y probase quién era entre ellos honrado o perverso.
¡Así mismo no había de librar de desgracia a ninguno!
Empezó por el lado derecho y pidió a cada hombre
extendiendo su mano; dijérase un ducho mendigo.
Por piedad daban ellos y a un tiempo admirábanle todos,
preguntando uno a otro quién era y de dónde venía. ●

Se reproduce por gentileza de editorial Gredos.



estaba sentado
, mostréla a tu hijo."

e dijo en respuesta:
e cumpla! Con ello
, tal amor, tales dones,
ontrar te tendría por dichoso."

ban los tres y entretanto
salas de Ulises
mando por suya
aquella explanada.
nieron las reses
; traían las los mismos porta-
dijo Medonte,
con ellos comía:
chachos, jugando esos juegos,
él el banquete,
a comida a sus horas."

s siguiendo el consejo;
ivienda, dejaron
capas y luego
cabras lozanas,
bada al aprisco,
tiempo emprendían
el porquero y Ulises.
le había dicho a éste:
, en ir sin dejar que transcurra
da mi amo, no obstante
majada, respeto
nprenda después él conmigo:
es de príncipes. Vamos
declina ya el día
traeránoos más frío."

s, el rico en astucias:
ensando yo mismo;
onduciendo delante,
no cortado reservas,
dice que es agrio el sendero."

eriada y deforme
a suspenderla del hombro;
a que empuñó bien contento
stodiando el establo
onduciendo a su rey
e un pobre mendigo,
eño y vestido de andrajos.

gosa y se iban
te labrada llegaban,
el agua tomaba aquel pueblo.
co y Nérito: en torno
con chopos nutridos
en la peña, caía
ar consagrado a las ninfas
coronaba la roca y en él los viandantes dejaban
sus ofrendas. Allí se encontraron al hijo de Dolio,
a Melantio: llevaba unas cabras, la flor de las greyes,
para aquellos galanes soberbios y atrás le seguían
dos zagales. Apenas los vio, desatado en injurias
sin mesura y sin tino, irritó las entrañas de Ulises:
"Razón es que el villano conduzca al villano, que siempre
junta un dios al igual con aquel que le iguala: ¿hacia dónde
llevas tú a semejante gorrón, oh gentil porquerizo,
a ese pobre asqueante, aguador de festines, que en tantas
portaladas sus lomos habrá de rozar aguardando
los mendrugos de pan, no calderas, de cierto, ni espadas?
Si quisieras cedérmelo a mí que guardase mi hato
y barriese el establo y llevase el ramón a los chivos,
llenaría sus muslos de carne y bebiera buen suero;
mas, pues sabe tan sólo de viles oficios, seguro
que rehúsa el trabajo. Encogido andará por el pueblo y que-
rrá mendigando llenar su insaciable barriga.
Y otra cosa diré que se habrá de cumplir: si se llega
al palacio de Ulises, de allí le echarán y una nube
de escabeles vendrá sobre él disparada por manos
de varones e irá casa abajo a quebrarse en sus huesos."

Tal diciendo acercóse y de un salto le hirió en su vesania
con el pie en el ijar, pero no le arrojó del sendero,
pues Ulises mantúvose firme: pensaba si echarse
sobre él con el palo y de un golpe quitarle la vida
o, tomándole en vilo, estrellarle los sesos en tierra.
Esforzóse, no obstante, y contúvose. En tanto, el porquero
se encaró con el otro y oró levantando sus brazos:
"Ninfas de esta fontana, nacidas de Zeus, si en un tiempo
os quemó el rey Ulises aquí pingües muslos de chotos
o corderos cubiertos de grasa abundante, cumplidme
lo que voy a pedir: venga ya aquel varón, que lo traiga
algún dios; de una vez habría él de bajarte esos humos
con que tú te paseas insolente corriendo sin tregua
la ciudad mientras malos pastores consumen las reses."

Y en respuesta le dijo Melantio, el pastor cabrerizo:
"¡Ay de mí! ¿Qué se atreve a decir este pérfido perro?
Yo lo habré de llevar desde Itaca a tierras lejanas
algún día en un negro y seguro bajel: me valdrá una fortuna.
¡Ah, que no hiriera Apolo, el del arco de plata, en las salas
a Telémaco hoy mismo o cayera al furor de los mozos
como Ulises perdió en lejas tierras la luz del regreso!"

Tal diciendo dejóles seguir con su paso tranquilo
y él, marchando, llegó bien aprisa a la casa del rey;
penetró en ella al punto y sentóse entre aquellos galanes,
frente a Eurímaco; él era entre todos su amigo querido.
Los sirvientes trajéronle luego su parte de carnes
y la fiel despensera llegó con el pan y dejólo
a su lado. Entretanto, ya Ulises y el noble piariego
deteníanse a la puerta; en su torno vibraban los sones
de la cóncava lira; empezaba su cántico Femio
cuando aquél, apretando la mano al porquero, le dijo:
"De seguro, ¡oh Eumeo!, que es ésta la casa de Ulises,
casa hermosa que bien se distingue aun estando entre muchas.
Una pieza se sigue a la otra, y el patio adosado
tiene cerco de muros y almenas; la puerta es muy fuerte,
de dos hojas: no hay hombre de cierto que pueda forzarla.
Ya se advierte que ahí multitud de varones celebran
un banquete: se huele la grasa y resuena la lira,
que los dioses quisieron hacer del festín compañera."

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
"Acertaste, que en todo te muestras discreto, mas ¡ea!,
hora es ya de pensar lo que habremos de hacer: o el primero
entras tú en el palacio de buena vivienda a meterte
en mitad de esos mozos y yo aquí me quedo o, si quieres
tú aguardar, paso yo por delante hacia dentro; mas cuida
de evitar la demora, no ocurra que alguno del pueblo
te persiga a pedradas o golpes: preciso es pensarlo."

Contestando a su vez dijo Ulises, el héroe paciente:
"Me hago cargo, comprendo, lo estaba pensando yo mismo;
mas será lo mejor que tu vayas allá, yo a la puerta quedaré.
No me asustan de cierto pedradas ni golpes,
que esforzado es mi ánimo y ya soporté muchos males
en la guerra y el mar: denle colmo esos otros ahora.
pero a un vientre que grita su hambre no puedes callarlo,
¡el maldito, que trae a los hombres desgracias sin cuento
y aun los mueve a equipar esas naves potentes que llevan
por el mar infecundo ruina a las gentes contrarias!"

Tal hablaban los dos entre sí cuando vieron un perro
que se hallaba allí echado e irguió su cabeza y orejas:
era Argo, aquel perro de Ulises paciente que él mismo
allá en tiempos crió sin lograr disfrutarlo, pues tuvo
que partir para Troya sagrada. Los jóvenes luego
lo llevaban a cazas de cabras, cervatos y liebres,
mas ya entonces, ausente su dueño, yacía despreciado
sobre un cerro de estiércol de mulas y bueyes que habían
derramado ante el porche hasta tanto viniesen los siervos
y abonasen con ello el extenso jardín. En tal guisa
de miseria cuajado se hallaba el can Argo; con todo,
bien a Ulises notó que hacia él se acercaba y, al punto,
coleando dejó las orejas caer, mas no tuvo
fuerzas ya para alzarse y llegar a su amo. Este al verlo
desvió su mirada, enjugóse una lágrima, hurtando
prestamente su rostro al porquero, y al cabo le dijo:
"Cosa extraña es, Eumeo, que yazga tal perro en estiércol:
tiene hermosa figura en verdad, aunque no se me alcanza
si con ella también fue ligero en correr o tan solo
de esa clase de canes de mesa que tienen los hombres
y los príncipes cuidan, pues suelen servirles de ornato."

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
"Ciertamente ese perro es del hombre que ha muerto allá lejos
y si en cuerpo y en obras hoy fuese lo mismo que era,
cuando Ulises aquí lo dejaba al partirse hacia Troya,
pronto echarás tú mismo de ver su vigor y presteza.
Animal que él siguiese a través de los fondos umbríos
de la selva jamás se le fue, e igual era en rastreo.
Mas ahora su mal le ha vencido: su dueño halló muerte
por extraño país; las mujeres de él no se acuerdan
ni le cuidan; los siervos, si falta el poder de sus amos,
nada quieren hacer ni cumplir con lo justo, que Zeus
el tonante arrebata al varón la mitad de su fuerza
desde el día que en él hace presa la vil servidumbre."

Tal habló, penetró en el palacio de buena vivienda
y derecho se fue al gran salón donde estaban los nobles
pretendientes; y a Argo sumióle la muerte en sus sombras
no más ver a su dueño de vuelta al vigésimo año.

Mas Telémaco, un dios en figura, notó antes que nadie
al porquero que entraba en la sala; llamóle por señas
hacia sí. Miró él en su torno y cogió un taburete
que allá estaba tirado: servíale al trinchante de asiento
al cortar las viandas, regalo de aquellos galanes.
Arrimólo a la mesa en que estaba Telémaco; en frente
colocólo y sentóse; fue luego el heraldo y le puso
su ración por delante y el pan que sacó de la cesta.

Pero poco después que el porquero llegó Ulises mismo
al palacio en figura de un pobre mendigo, de un viejo que
apoyado en un leño velaba su piel con andrajos.
Tras la puerta se echó en el umbral de madera de fresno,
reclinado en el quicio que un hábil artista hizo antaño
de ciprés y pulido erigió regulándolo a cuerda.
Al notarlo Telémaco, alzando una hogaza en sus manos
del precioso cestillo, tomó los pedazos de carne
que cupieron en ellas y, vuelto al porquero, le dijo:
"Ve a llevar esto al huésped y dile que luego dé vueltas
por la sala pidiendo uno a uno a los muchos galanes,
que no es bien demostrar cortedad quien precisa socorro."

Tal habló. Fue el porquero una vez que escuchó su mandato
y llegándose a Ulises le dijo en aladas palabras:
"Esto es don de Telémaco, huésped, y manda que luego
des la vuelta a la sala pidiendo a esos mozos, pues dice
que no es bueno mostrar cortedad quien en súplica llega."

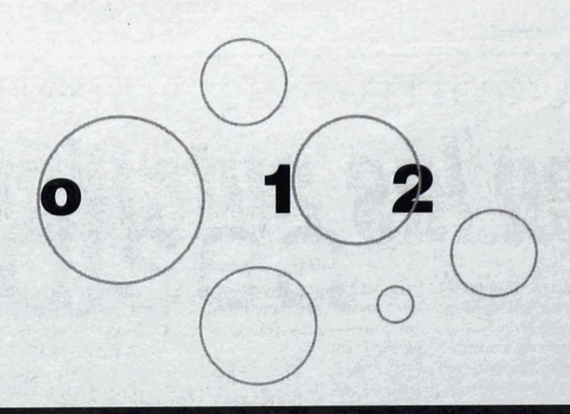
Y a su vez dijo entonces Ulises, el rico en ingenios:
"Dame, ¡oh Zeus!, que logre Telémaco dicha entre todos
los mortales y cúmplase aquello que anhele en su pecho."

Tal diciendo tomó entre sus manos el don y lo puso
por delante, a sus pies, sobre aquella su mísera alforja,
y quedóse comiendo: el aedo cantaba en la sala.
Acabada que fue la comida y callando el aedo,
los galanes gritaban por todo el recinto y Atena,
acercándose a Ulises Laertíada, movíólo a que fuera
recogiendo mendrugos de pan de los muchos galanes
y probase quién era entre ellos honrado o perverso.
¡Así mismo no había de librar de desgracia a ninguno!
Empezó por el lado derecho y pidió a cada hombre
extendiendo su mano; dijérase un ducho mendigo.
Por piedad daban ellos y a un tiempo admirábanle todos,
preguntando uno a otro quién era y de dónde venía.

Se reproduce por gentileza de editorial Gredos.

v e r a n o 1 2

JUEGOS

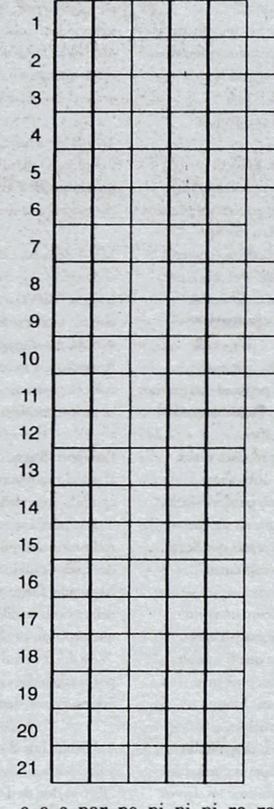


DAMERO ENIGMATICO

*En las definiciones de este damero encontrará intercalaciones (**El MORO CHO**có con el moreno = MOROCHO), juegos de **palabras** (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. **En las** columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.*

DEFINICIONES

1. Comieron cada trozo en forma feroz.
2. Quiero que **les lea** mi mensaje a los fieles.
3. No haré nada nuevo en el serrallo.
4. Oxígeno, cobre y dúo para dar trabajo.
5. **No rima**: es curiosa.
6. Por **robar** cayó en el lodo.
7. La ráfaga de la cucaracha.
8. Casi me despejo frente al cristal azogado.
9. **No te rías** cuando repites lo que dices.
10. Por no comer, Marta, tu fuerza va a disminuir.
11. Suspira también el corsario.
12. Dictamina que es un **piano**.
13. Algo que corre de boca en boca.
14. "Esta ... vi llover", dijo Manzanero.
15. Aunque no me guste, Don, lo trataré de ...
16. **Lebon** es ilustre.
17. Tomo vino y veo una oveja.
18. El indio cauto teme al protector de la tribu.
19. Escalé picos en acto heroico.
20. Se destaca entre una rizada cabellera.
21. Regó el **nogal** con esta medida de agua.



SILABAS

a, a, ba, ble, cha, co, cu, de, é, es, ga, ha, i, jo, le, les, lón, mar, mer, mi, mor, na, na, na, no, no, o, o, o, par, pe, pi, pi, pi, ra, ra, ras, rén, riz, ro, rro, ru, ta, tar, te, ted, tem, tó, troz, us, vi.



INVENTO POR ENTREGAS

Cinco cadetes muy imaginativos de una empresa de encomiendas están seguros de que los paquetes que llevaron al profesor Mente Suelta son para construir en secreto un pavoroso invento que revolucionará el mundo. Averigüe qué encomienda llevó cada cadete, qué día y para construir qué, según cada uno.

1. Los caños se llevaron dos días después de que Gregorio dejara su encomienda.
2. Quien imaginó una Ventana Dimensional entregó su paquete un día antes que el gran disco.
3. Francisco (que entregó lo suyo el martes) estaba seguro de que el profesor estaba construyendo un Desmaterializador. En cambio, Arcemio no creía que fuera un Transformador de Energía Lunar, ni Nahuel imaginó un Comunicador Espacial.
4. El martes se entregó la batería pero el sillón no fue entregado el lunes.
5. José no llevó nada el jueves ni el miércoles.
6. Nahuel entregó un gran disco de metal.
7. La entrega que hizo Arcemio fue tres días antes que el disco.
8. Quien hizo su entrega el lunes no pensó en un Comunicador Espacial.

S.O.S.

		Día: Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Entregó: Batería	Caños	Circuitos	Disco	Sillón	Imaginó: Comunicador...	Desmaterial.	Máquina	Transform.	Ventana...
Nombre	Arcemio															
	Francisco															
	Gregorio															
	José															
	Nahuel															
Imaginó	Comunicador...															
	Desmaterializador															
	Máquina...															
	Transformador...															
	Ventana...															
Entregó	Batería															
	Caños															
	Circuitos															
	Disco															
	Sillón															

Nombre	Día	Entregó	Imaginó
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

FOSO
LUCES
PALCO
SALA
TELON
OBRAS



SOLUCIONES

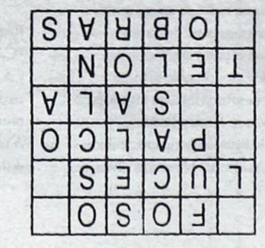
INVENTO POR ENTREGAS

Arcemio, lunes, circuitos, Máquina.
Francisco, martes, batería, Desmaterializador.
Gregorio, miércoles, sillón, Ventana Dimensional.
José, viernes, caños, Comunicador Espacial.
Nahuel, jueves, disco, Transformador de Energía Lunar.

DAMERO ENIGMATICO

1. Atroz. **2.** Leales. **3.** Harén. **4.** Ocupar. **5.** Mirona. **6.** Barro. **7.** Racha. **8.** Espejo. **9.** Iteras. **10.** Mermar. **11.** Pirata. **12.** Opina. **13.** Rumor. **14.** Tarde. **15.** Usted. **16.** Noble. **17.** Ovino. **18.** Tótem. **19.** Épico. **20.** Nariz. **21.** Galón.
"Al hombre importuno téngole por hermano del necio." (Antonio de Guevara).

ACOMODO



	F	O	S	O	
L	U	C	E	S	
	P	A	L	C	O
		S	A	L	A
T	E	L	O	N	
	O	B	R	A	S

